

## PRESENTACIÓN

RAMÓN GÓMEZ DE LA SERNA.  
EN EL DOMINIO DE LAS «NOVELAS DE LA NEBULOSA»

En 1927 Ramón Gómez de la Serna publica un artículo en *El Sol* donde saluda a las «revistas jóvenes» de vanguardia. Algunas están por aparecer, como *La Rosa de los Vientos*, editada en Santa Cruz de Tenerife en abril del mismo año. La revista canaria reproduce en seguida aquel texto. Sobresale allí el afán universalista y, también, la inquietud que atraviesa las «novelas de la nebulosa»: «Lo más limitado de todo es el tiempo. Yo le busco salida como león en la jaula, y siempre me encuentro los insuperables barrotes de las horas». Sin duda, la trayectoria del escritor madrileño es dilatada; sus obsesiones y actitudes, persistentes.

Cuando la directora de la *Revista de Filología*, la Dra. Carmen Díaz Alayón, me propuso la coordinación de un número dedicado a la literatura española pensé de inmediato en el autor de *El incongruente* (1922), *El novelista* (1923), *¡Rebeca!* (1937) y *El hombre perdido* (1947), novelas publicadas en uno y otro continente, en Europa y en América, y que revelan el perfil intelectual y creador de Gómez de la Serna. También recordé su presencia en *La Rosa de los Vientos*. El escritor universalista expresaba aquí sus más íntima preocupaciones. *¡Rebeca!* y *El hombre perdido* son dos piezas centrales de la mejor narrativa del siglo xx, de aquella que expone los vértigos, los deseos, las búsquedas y las flaquezas del ser contemporáneo. Constituyen el eslabón final de las «novelas de la nebulosa». Sobre ellas llamaron la atención algunos de sus amigos, como Macedonio Fernández, y también los profesores e investigadores que se suman desde los años sesenta al estudio de este escritor huidizo e inclasificable. Desde Rodolfo Cardona a Ioana Zlotescu, la relevancia de estas novelas se ha hecho cada vez más visible. Zlotescu ha insistido en ello en las *Obras Completas*. También José Carlos Mainer que, desde la época en que enseñaba en las aulas de la Universidad de La Laguna, hacía hincapié en piezas que hablaban de los grandes aciertos del escritor en una historia convulsa y de enormes dificultades. En sus clases aprendimos que las «novelas de la nebulosa» estaban muy lejos de los tópicos y de la simpleza que podía desprenderse de quien solo era identificado con las greguerías.

Con unos y otros hemos podido advertir que Gómez de la Serna siempre va un poco más allá, cruza las fronteras de lo previsible, arriesga, se expone. Pocos escritores en lengua española lo han hecho como él. Su radicalidad y su expresión personalísima, tan inclinada a desvelar poéticamente los rincones secretos de la vida, lo han llevado también a desplazarse del centro de atención de los estudiosos y de los lectores. No es que lo pretendiese, pero sus elecciones lo mantuvieron a resguardo de la fácil lectura. Asimismo, su defensa de la libertad individual ha provocado la ocultación y el silencio entre tanta sombra de gregarismo ideológico y político.

A nada que se transite por su obra, el lector y el estudioso podrán advertir la vigencia de sus mundos, tan ajenos a lo vulgar, aunque a menudo no pudiera



desprenderse de la miseria en la vida y en la literatura. Pocas invenciones literarias hay tan importantes en la primera mitad del siglo xx que hayan definido con tanta autenticidad lo que es la historia, el tiempo, la experiencia personal en los callejones de la soledad. Sin duda, *a posteriori*, quiso hacer de sus «novelas de la nebulosa» un territorio de referencias metatextuales; pretendió, como indica Laurie-Anne Laget, «construir para sí mismo cierta imagen social de escritor y así consolidar, desde el exilio, su figura de novelista de vanguardia».

Ramón Gómez de la Serna deja una obra en la que aparecen constantes vasos comunicantes, constelaciones diversas, temas, motivos, obsesiones e imágenes que se arremolinan y requieren la atención del lector; cuenta con sus lectores, quiere que le sigan en sus espirales creadoras para religar los fragmentos que va moviendo en el curso de tiempo. Gómez de la Serna quiso ver el destello de lo inverosímil, de cierta magia cotidiana, en lo que tenía a la vista, las estrellas, un banco de un parque, el paso de un tren, los gestos del paseante, las imágenes de un pintor clásico, las múltiples maneras de extraviarse en la ciudad. A menudo creyó, con André Breton (al que cita en su prólogo final a las *Greguerías*), en el *signe ascendant* de la poesía. Supo que podía ascender de súbito a través de las «iluminaciones» del conocimiento poético hasta la belleza y la verdad profunda de las cosas. Pero también pudo ver ese signo en lo aparentemente miserable, un mendigo, un ser solitario, un «medioser» de ropas teatrales y andrajosas en un parque de Buenos Aires...; y pudo verlo en un maniquí traído de París o en un objeto hallado en el Rastro.

Gómez de la Serna no tuvo un proyecto estético con dirección única, al modo de los poetas de su tiempo, a la manera de un Juan Ramón Jiménez, por ejemplo; amaba demasiado la vida y lo que esta tenía de reveladora y fugaz. Persistió entonces en alejarse del gregarismo contemporáneo. Escribía sin más, sobre esto y lo otro, atrapando a menudo perspectivas que todavía hoy nos conmueven. En el primer número de la revista *La Rosa de los Vientos* sus palabras lo enunciaban con claridad: «Si algún ideal hay en mi vida no es el de un automóvil, ni el de una casa, sino el de tener más tiempo para escribir más». Quería ser solo un escritor. Aun cuando persistió en ser reconocido y estar bien acompañado, como en el célebre cuadro de Gutiérrez Solana, continuó escribiendo en soledad y sin descanso al otro lado del mar, en Buenos Aires, hasta el final de sus días.

Este número de la *Revista de Filología* acoge diversos estudios y perspectivas sobre Ramón Gómez de la Serna. Cuenta con el testimonio de Rodolfo Cardona, con su aproximación a una de las novelas de la nebulosa, también con la carta que le escribió el novelista después de haber escuchado en la voz de Luisa Sofovich la traducción de su estudio *Ramón: A Study of Gómez de la Serna and His Works*, editado en Nueva York, en 1957. Cuenta también con la visión de Laurie-Anne Laget sobre el diseño y la relectura ramoniana del ciclo «nebúlico». Sobre *El incongruente* escribe Isabel Castells, que señala referencias metaficcionales al tiempo que destaca el intenso diálogo con el cine, y con *Cinelandia*. Juan José Delgado se ocupa de *El novelista*. Ricardo Fernández Romero lo hace sobre *¡Rebeca!*, *El hombre perdido* y otros textos centrales. Dobrosława Pazder sigue la estela del concepto freudiano de *Das Unheimliche*, «lo ominoso», en las novelas de la nebulosa. El concepto, se recordará, abre el camino a la percepción de lo siniestro a través de objetos, maniqués,



muñecas, también en torno al tema de la mutilación de los ojos. La estela de las influencias del texto de Freud es larga en la literatura, en el arte y el cine. Gómez de la Serna quiso también aquí ser hijo de la nueva sensibilidad contemporánea.

Por otro lado, varias colaboraciones plantean el diálogo con otros autores. En el continente americano, Miguel Vitagliano estudia las relaciones del singular *Jusep Torres Campalans*, el libro que Max Aub publica en el exilio mexicano, con *Cartas a mí mismo*. Nieves María Concepción Lorenzo se ocupa de las coincidencias de *La Señorita Etcétera*, escrita por el estridentista Arqueles Vela, con *¡Rebeca!* Mi texto indaga en la relación, en época existencialista, entre *El hombre perdido* y el pensamiento de Albert Camus. También Ioana Zlotescu aborda temas centrales del existencialismo, junto a referencias que abren nuevos caminos para la comprensión de una obra y una personalidad ajenas a cualquier encasillamiento.

Con este número de la *Revista de Filología* se pretende volver a insistir en algo que supieron los lectores y los estudiosos de la literatura de la primera mitad del siglo xx: Gómez de la Serna es un autor central. Lo supieron tempranamente los animadores de las «jóvenes revistas», aquellos a los que animaba desde las páginas de *El Sol*. Lo sabemos, cada vez con mayor claridad, desde la ladera de este siglo.

Finalmente, debo agradecer las sugerencias y contactos que han facilitado los animadores de la excelente página <http://www.ramongomezdelaserna.net/> y del *Boletín Ramón*, me refiero a Juan Carlos Albert, Carlos García y Martín Greco. También agradezco a Ioana Zlotescu que haya estado siempre dispuesta a compartir rincones secretos del ramonismo. Asimismo, agradezco a José Miguel Pérez Corrales su defensa del escritor libertario, erotómano y de imaginación desbordante, las sugerencias y el diálogo mantenido durante tantos años sobre el autor de las «novelas de la nebulosa». Y agradezco especialmente la valiosa colaboración de todos los que han participado en este número.

Nilo PALENZUELA

